

LITERATURA

LIBROS

La Epoca

• Año III N° 141
• Domingo 23 de
diciembre de 1990

No es el paraíso

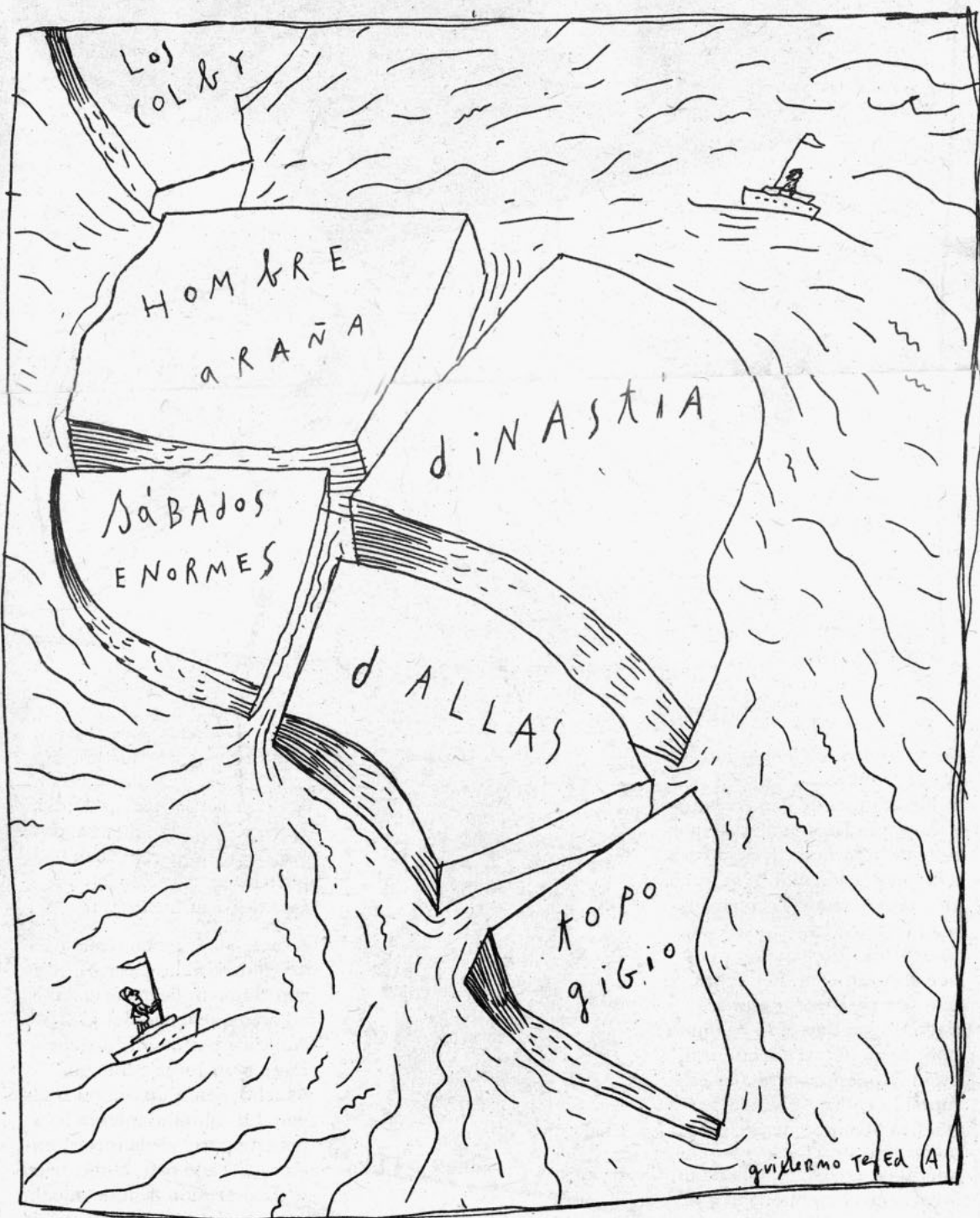
Deshabitada mujer

Miseria social y fantasía sexual

Habla Delfina

Antonio Skármeta

En el reciente Encuentro Latinoamericano de Escritores realizado en Buenos Aires hubo una presencia chilena considerable. Humberto Díaz-Casanueva, Fernando Alegría, Ariel Dorfman, Antonio Skármeta, entre otros. En su intervención, que reproducimos en forma exclusiva, Skármeta pone en cuestión el discurso oficial, sea el político o el de los medios de comunicación, para rescatar la palabra crítica que salte de la formulación retórica a la integración real



Digámoslo con brutalidad aunque se le propine cierta dosis de injusticia a una minoría persistente: Latinoamérica como una unidad cultural es una utopía de nuestros abuelos, una entelequia de próceres, un gorgorito más en los discursos posbanquetes de políticos que no omiten una obediencia con el nombre de Bolívar, un vocablo genérico que usamos para designar una minuciosa ignorancia.

En momentos en que Europa vigorosamente se dedica a borrar fronteras, muros, asperezas, impuestos, pasaportes, los países de Latinoamérica permanecen embobados en sus rígidas provincias, expuestos a los caprichos de caudillos y profetas esporádicos que saltan a degüello cuando les viene en gana, embozados nuestros fanatismos en un escueto conocimiento de lo nuestro y en una olímpica indiferencia por los vecinos y, últimamente, contritos tras la demoledora lección que nos han dado las dictaduras, desmovilizados de nuestras propias ideas, impulsos, utopías, desconfiados de nuestra fantasía, humillados por la eficacia de la economía social de mercado que nos hace comprar la estabilidad con el capital de nuestra resignación.

La otra cara

Ante esta enorme reducción del panorama, destaca otra Latinoamérica: la de los autores y lectores latinoamericanos. Los inconformistas que no comulgan con la administración de la vida social que les proponen los respectivos gobiernos y que aún sospechan que el sentido de vivir en estos países "jóvenes" es inventar día a día la excitación de la existencia, levantar la duda frente al dogma, poblar la aldea con esos personajes que parecieran no tener consistencia en nuestras

Los escritores rebeldes gozan del vértigo

vidas sino cuando los crea la literatura.

Hay una Latinoamérica fantástica donde nos reconocemos y nos perdemos: la de nuestros poetas y escritores. El contacto con ella propone la ilusión de un continente distinto: la voluntad de imaginarse otro mundo más sensible, inteligente, quizá más justicieramente pobre y, en todo caso, menos mediocre. Estos arietes de vitalidad, sin embargo, no entran en la gran corriente de las aldeanas políticas latinoamericanas. Y digo "política" y no "política cultural", porque por ésta se sigue entendiendo en nuestros países un payaseo marginal con tipos raros a los cuales se les otorga un premio espasmódico cual se le asesta un beso de tía púdica a la mejilla de un colegial abrazado de fiebre de primavera.

Y sin embargo, nada sería más necesario hoy que una vigorosa participación de los intelectuales en la vida pública latinoamericana, una salida de sus ghettos para enfrentar, con su inteligencia y fantasía, el dogma homogéneo de los medios de comunicación. Con deportivo talante privatizador, muchos gobernantes han entregado la TV a la voracidad del comercio y éstos, que no conocen otro Dios que el *rating* y la eficacia de las ventas, reiteran lo ya conocido, lo ya visto, lo vendible. Es decir que en el gran escenario contemporáneo, el reino de la imagen, no hay lugar para lo que nos inquieta a nosotros: lo no conocido, lo no visto, lo no vendible.

En su modo de tratar la cultura se parecen tristemente las dictaduras a las democracias: en la imposición unilateral de una manera de ver el mundo.

Así se traiciona el *magma* cultural que significa la gran originalidad histórica de América Latina: el territorio mestizo, pluricultural, confuso, heredero de decenas de tradiciones, frente a las cuales nos podríamos haber enfrentado democráticamente, promiscuamente, sin privilegiar una sobre otra. Pero la imagen es tan fluida como la espada: los adalides de la economía de libre mercado, los aguadores de pasiones, los comprometedores de sus madres, abuelos y nietos, han optado por la alternativa más imbécil de todas: ocupar el tiempo libre de los explotados durante el día, con los residuos de productos de metrópolis por la noche.

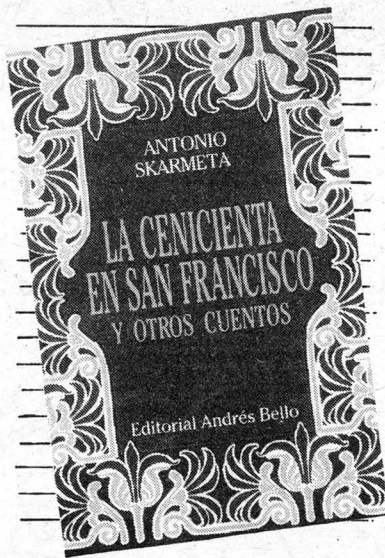
Esta no es la queja de un intelectual aterrado por el omnimodo poder de la imagen televisiva sobre la palabra escrita. Es la constatación de alguien crecido en el auge de los medios de comunicación, adorador de sus virtudes y fascinado por su alcance. No es el medio en sí el objeto de mi angustia, sino la perversión de su uso, la frívola complacencia con que se imparte y promueve la mediocridad, lo grosero, lo desinformado.

De la retórica a la integración

En el mundo de la imagen no tenemos la menor posibilidad

de convertirnos en cuestionadores y emisores de nuestras culturas, mientras no constituíamos una Latinoamérica que salte de la formulación retórica a la integración real. Una situación donde nuestras creaciones sean vistas y queridas en cada uno de los países que componen el continente. Pero para que este paso integrador sea dado, se requiere una voluntad política de liberación cultural, estar dispuesto a desatar y estimular la enorme energía de nuestra juventud desdichada, marginalizada, torturada, huérfana, escéptica, y darle un espacio en el amplio mercado de las democracias en transición y en transacción.

Creo que en la mayoría de los países latinoamericanos no existe esta disposición. Hay una tajante separación entre el político y el intelectual. Y la apelación a próceres del pasado como José Martí, confirman que la retórica sólo puede apelar a los buenos sentimientos históricos. Mientras más muerto un escritor, más se lo cita; en vida, nunca.



Ante la enorme jibarización del repertorio de temas que interesan a los políticos, los escritores sentimos el vértigo de la rebelión, el impulso por participar abriendo las compuertas que contienen un océano oculto. No caigamos en el superintelectualismo sofisticado de creer que de la inteligencia puede brotar un nuevo mundo, pero sí convenzamos de que la inteligencia —por la tradición

multifacética a la que hoy se traiciona—, debería convivir como una opción con la necesidad. Esa opción es tan menguada en América Latina, que con un poco de exageración la podríamos declarar inexistente.

Está claro que no tenemos ni los francos ni las pesetas, pero, con el mayor de los respetos, no creo que tengamos hoy en América Latina un Jacques Lang o un Jorge Semprún. Mucho menos un Simón Bolívar. La voluntad integradora debería partir de la incorporación, en cada país, a la corriente de expresión de todo aquello marginado de la imagen pública. Cuando Cortázar creó una novela latinoamericana que pulverizaba las convenciones del género, también se alzaba con gracia juvenil contra los límites del pensamiento que ya no piensa sino que clasifica, ordena, distorsiona, castra. Sintió horror ante las dicotomías, angustia ante los esquematisms. En resumen, ante todo lo que hoy es discurso cotidiano oficial. Los escritores latino-

americanos hoy sólo reclutan a sus lectores en esa marginalidad insatisfecha que no atina a una expresión de poder social.

Como dijo Yaak Karsunke, el poeta alemán, hoy, el fracaso del socialismo en Europa, con el cual se ligaba una eclosión cultural, distrae con mucha eficacia sobre el enorme fracaso del capitalismo. El triunfo de uno de los dos rivales en la guerra fría, no significa automáticamente la victoria del otro. La prepotencia del mercado y de los Chicago Boys, de los espadachines y verdugos (hoy con bozal pero intactos), de los videoclips, también tendrá su ocaso.

En tanto los escritores de toda Latinoamérica vivimos duros momentos, nos queda el consuelo de que quizás, en el siglo XXI, nuestra marginalidad y la de enormes masas de despreciados y olvidados, se fundan y brote esa originalidad histórica que queremos para América Latina: pluralidad, justicia y cultura. ■

